

el rumor de un fuego muy vivo en dirección de los pantanos. Imaginóse á los principios que se habria trabado alguna insignificante pelea con tropas ligeras; pero en breve le llegó de todas partes la noticia de que avanzaba por todos los diques el enemigo con fuerzas superiores, y que amagaba por su posición por el flanco y la retaguardia. Inmediatamente despachó dos divisiones hácia las calzadas por las cuales se aproximaba el enemigo; una á las órdenes de Mitrouski, avanzó á defender la entrada de la aldea de Arcola, y la otra, al mando de Provera, marchó sobre la division de Massena. La última de estas dos columnas no tardó en acometer á sus contrarios, pero no pudo resistir á la impetuosa carga de los granaderos de Massena, y se vió rechazada con una gran pérdida. Mitrouski, al mismo tiempo, pasó por Arcola, atravesó el puente, y atacó á la division de Augereau; pero también fué rechazado y perseguido por los vencedores hasta el mismo puente donde se trabó una encarnizadísima pelea. La columna republicana avanzó con la mayor intrepidez, pero recibiósele con un fuego tan sostenido por la artillería que se hallaba colocada al frente, y desflanco por una línea de infantería que estaba tendida á lo largo de las márgenes del Alpon, que vaciló y tuvo que retrocer. Napoleon, juzgando indispensable la adquisición de Arcola, no solo para el buen éxito de sus posteriores operaciones sino aun para la seguridad de su propio ejército, púsose, con sus generales,

á la cabeza de la columna, arrebató una bandera, avanzó sin vacilar por entre un aguacero de balas y la plantó á la mitad del puente; pero llegó entonces lo violento del fuego á tal extremo, que vacilaron sus granaderos y tomando á su general en sus brazos alejaronle del peligro en medio de una nube de humo y rodeados de muertos y de muribundos. Arrojáronse inmediatamente al puente los austriacos y precipitaron á la turba de fugitivos dentro del pantano en cuyas aguas permaneció Napoleon, por espacio de un minuto metido hasta la cintura, rodeado por todas partes de tropas enemigas. No tardaron los republicanos en echar de ver que se habia quedado atras su gefe, y gritando "¡Avancemos á libertar á nuestro general!" volvieron á la carga, arrollaron á los austriacos y libraron á Napoleon de la crítica posición que guardaba. En esta terrible contienda recibió Lannes tres heridas. Su ayudante, Meuron fué muerto á su lado por cubrir á su general con su cuerpo, y casi todos los individuos del estado mayor se encontraban gravemente heridos (1).

Entretanto Guieuse, que mandaba la columna que se habia enviado sobre Albaredo, habia llegado á este punto y se encontraba directamente á la retaguardia de la aldea de Arcola; pero era demasiado tarde. Durante la desesperada resistencia que habian hecho allí los austriacos

(1) Nap., III, 361, 363. Th., VIII, 463, 467. O'Meara, I, 216, y II, 226.

habia ganado tiempo Alvinzi para estraer sus bagajes y su artillería, y no era ya posible atacarle por retaguardia. A la caída de la tarde los austriacos abandonaron á Arcola y reunieron sus fuerzas, dando frente á los pantanos, al pié de las alturas de Caldiero (1).

En todas estas memorables jornadas, de las cuales dependia la suerte de la Italia y del mundo, condujéronse los generales austriacos con timidez y de una manera indigna de los valientes que militaban bajo sus órdenes. Davidovich, en los momentos en que se sostenia una encarnizadísima lucha hácia el Adigo Inferior, estúvose en una total inaccion en la parte superior de este rio, al paso que Alvinzi, atado por las instrucciones secretas que le habia dado el Consejo Austlico, en los cuales se le mandaba que ningun paso aventurado diese y que mas bien se estuviese á la defensiva á fin de facilitar de este modo la conclusion de las negociaciones secretas que se habian entablado ó que estaban para entablarse, deteníanse continuamente en la carrera de sus triunfos y perdía las mejores oportunidades de esterminar á su contrario. Napoleon, al tanto por medio de la traicion que constantemente se hacia á las fuerzas imperiales en el mismo cuartel general de ellas, de estas secretas restricciones, aumentaba la irresolucion del general en jefe enemigo valiéndose de noticias que reservadamente le hacia pasar de Verona en que le

(1) Nap., III, 364. Th., VIII, 467.

hacia saber la mision que estaba á punto de confiarse á Clarke para que abriese negociaciones de paz. las conferencias que se habian entablado en Paris con la Inglaterra, y las probabilidades que habia de que se celebrasen en breve convenios. Alvinzi desechó una proposicion de armisticio que Napoleon le dirigiera, pero suspendió el movimiento que debió haber emprendido para incorporarse Davidovich, y no quiso intentar operacion alguna útil por temor de perjudicar á las negociaciones. Llegaba su timidez á tal grado que cuando despues de haber repellido á los franceses en Arcola le suplicaron con empeño los mas valientes de sus oficiales que desde luego operase su incorporacion con Davidovich, y terminase la campaña por medio de un ataque general sobre Verona, en vez de seguir este consejo heróico se retiró á Vicenza (1).

Otra vez volvió á resplandecer el sol sobre la horrible escena de matanza, y ambas partes beligerantes avanzaron, con menor número pero con igual encarnizamiento, á la lucha que debia decidir del destino de Italia. Encontráronse en el medio de los diques y pelearon con la mayor furia. La columna republicana del centro fué derrotada y arrojada á distancia tal, que las balas austriacas caian sobre el puente de Ronco, donde volvió á emprender la accion un regimiento que habia

(1) Hard., IV, 67, 75.

emboscado Napoleón entre los sauces que cercaban el lado del camino, cuya fuerza acometió á la columna vencedora por el flanco en los momentos en que la habia hecho desordenarse el triunfo, con tal vigor, que casi toda ella fué precipitada á los pantanos. Massena, en la calzada que le tocára, habia estado espuesto á las mismas vicisitudes, y no logró conservar su terreno sino colocándose á la cabeza de su columna y avanzando delante de sus soldados con el sombrero en la punta de la espada. Sin embargo hácia mediodía, echando de ver Napoleón que el enemigo estaba rendido de cansancio, al paso que sus tropas, comparativamente hablando, se hallaban descansadas, consideró llegado el momento del triunfo decisivo, y mandó que todas sus fuerzas diesen una carga general en las dos calzadas, y habiendo arrojado de ellas al enemigo, formó á sus tropas en batalla á la estremidad de las mismas calzadas, en tierra firme, con la derecha hácia Porto Legnago y la izquierda en direccion de Arcola. Igualmente dió orden de que la guarnicion de la enunciada plaza saliese de ella con 4 piezas de artilleria á fin de tomar al enemigo por retaguardia, y al mismo tiempo dispuso que una banda de cornetas se trasladase, ocultándose con los sauces, á la estremidad del flanco izquierdo de los contrarios con orden de que tocase á dar la carga tan luego como estuviere bien trabada la accion en toda la prolongacion de la línea. Estas medidas pro-

dujeron un éxito completo. El general austriaco, á pesar de que hacia una bizarra resistencia de frente, al oír cañones á su retaguardia y el eco de los clarines de toda una division de caballería por su flanco, dió órden de que se emprendiese la retirada, y despues de una desesperada lucha de tres dias, cedió la victoria al enemigo. Alvinzi habia escalonado 8 mil hombres en la prolongacion de su línea de retirada, de suerte que pudo retirarse en el mayor orden y sin sufrir gran pérdida en su movimiento (1).

Pareció tan claro á todo el ejército austriaco, que esta última retirada era resultado del secreto acuerdo en que estaba su general con el de las tropas francesas, y que se emprendia para facilitar el término á las negociaciones que estaban en planta, que todos los individuos de que constaba manifestaron su indignacion sin bozo y á voz en cuello. Un coronel hubo que hizo pedazos su espada y declaró que no queria servir mas tiempo á las órdenes de un general cuya conducta atraia el deshonor sobre sus tropas. Tambien es cierto que Alvinzi, durante este terrible combate de Arcola, no mostró la capacidad ni el vigor de un general digno de medirse con Napoleón; es indisputable que no carecia de ambas cualidades, pero las trabas que le impusiera el consejo áulico paralizaban sus movimientos, y el temor de dar un paso aventu-

[1] Nap., III, 368, 369. Th., VIII, 470, 472. Jom., IX, 172, 192.

rado en los momentos en que estaban para celebrarse negociaciones, le hacia descuidar de aprovecharse de las oportunidades de triunfar que se le presentaban [1].

En tanto que se sostenia en los pantanos de Arcola la encarnizada lucha de que dejamos hecha mencion, Davidovich que habia comenzado la campaña bajo tan brillantes auspicios, estaba bien distante de aprovecharse de las ventajas que obtuviera con el vigor que hubiera debido esperarse. Limitóse á avanzar el 18 con sus fuer-

zas hasta las inmediaciones de Verona en persecucion de Vaubois, que al verle aproximarse abandonó las posiciones de Corona y Rívoli que ocupaba; y es indudable que si los dias anteriores hubiese querido estrecharle con resolucion, se habria visto obligado Napoleon á atravesar el Adigo y á levantar el sitio de Mantua. El general en gefe de las tropas francesas volvióse sin pérdida de instantes sobre Davidovich, por Verona al frente de una gran parte de sus fuerzas, y obligóle á emprender retirada al Tirol, en tanto que los republicanos que habian estado en posesion de Corona y Rívoli volvian á ocupar estos puntos, y que Augereau arrojaba á los enemigos de Dolce con la pérdida, por parte de éstos, de 2 mil prisioneros y 9 piezas de artillería. Grande fué

(1) Hard., IV, 71, 77.

el pasmo de los habitantes de esta plaza al ver que el ejército que tres dias antes se habia ausentado de sus muros por la puerta de Milan, volvia triunfante por la de Venecia despues de haber sostenido un encarnizadísimo combate, y que sin hacer alto pasaba adelante á contener á los nuevos enemigos que se acercaban por el Tirol (1).

Alvinzi, luego que se hubo ausentado Napoleon en persecucion de Davidovich, avanzó hácia Verona que se hallaba en aquella sazón ocupada casi únicamente por inválidos y heridos, y este paso difundió una general alegría por su ejército; pero volvió á su antigua irresolucion; oponiase esta acertada medida á las instrucciones que recibiera del consejo áulico, y al circular la orden de que se emprendiése retirada á Vicenza, volvió á sumergir en el pesar y en el despecho á sus heróicas tropas (2).

Los resultados de la batalla de Arcola, por gloriosos que hubiesen sido para las armas francesas, no fueron bajo ningun aspecto tan decisivos como les de las victorias alcanzadas anteriormente durante la campaña. En estas últimas acciones habíase disputado con mas obstinacion el triunfo; y aunque al fin se habian visto las fuerzas del imperio en la necesidad de retirarse y subsistia bloqueada Mantua, habian

Resultados de estas acciones.

[1] Nap., III, 371. Th., VIII, 472.

(2) Hard., IV, 75.

quedado los vencedores tan debilitados casi como los vencidos. La pérdida total de los franceses, incluyéndose en ella la que sufrieran en las acciones que con Davidovich sostuvieran, ascendia á 15 mil hombres, al paso que la de los austriacos no bajaba de 18 mil. Durante la confusion que es consiguiente á tan desesperados combates, la guarnicion de Mantua hizo reiteradas salidas, y aprovechóse Wurmser con tal destreza de la momentánea suspension del bloqueo, que introdujo en la plaza considerables convoyes de víveres, y poniendo á media racion á sus tropas, y calculando la mortandad que de ellas habria, circunstancia que diariamente disminuia su número, todavía pudo abrigar la esperanza de que conservaria su posición el tiempo necesario para que se hiciese un cuarto esfuerzo por libertarla (1).

La noticia de estas costosísimas victorias excitó el mayor entusiasmo en toda la estension de la Francia. La batalla de Arcola en particular, referida con todos los desesperados riesgos y terribles lances que tuvo, fué objeto de una universal admiracion. No se cansaba el pueblo de celebrar á un hombre que habia tenido el ingenio de encontrar en medio de los diques de Ronco, un campo de batalla en que la superioridad numérica se habia hecho inútil y el valor irresis-

(1) Jom., IX, 231. Nap., III, 371, 372. Th., VIII, 472, 473.

tible; no se cansaba de elogiar aquella heroica intrepidez que trasformára al general en simple soldado, y que reproducia en la memoria las proezas de los caballeros de las novelas. No se vió por todas partes sino medallas representando al jóven general en el puente de Arcola llevando en su mano el pabellon en medio de una tempestad de fuego y nubes de humo. Los consejos decretaron que el ejército de Italia era benemérito de la patria, y que las banderas que Napoleon y Augereau habian tomado en esta batalla memorable, les fuesen dadas para que las conservasen como preciosos trofeos sus familias (1).

No fué menor el patriotismo con que se distinguieron los austriacos. En los momentos en que los triunfos que alcanzaba el archiduque Carlos en el Danubio habian salvado á la Alemania y elevado el entusiasmo del pueblo á su mayor extremo, vinieron los reveses sufridos en Italia á acibarar el alborozo que generalmente se sentia y á poner de nuevo en riesgo á la monarquía por el lado que menos se esperaba. Con invencible resolucion preparáronse á hacer frente al peligro; la apasionada vehemencia de los Estados hereditarios ostentóse de bulto en los mas críticos momentos; el pueblo voló por todas partes á las armas; formáronse numerosos cuerpos que cubriesen las bajas que tenian las tropas de línea; Viena

(1) Th., VIII, 473.

por sí sola levantó cuatro regimientos, á los cuales se dió banderas bordadas por la emperatriz misma, y antes de la conclusion del año hallábase reunido el cuarto ejército en las montañas de Friuli y el Tirol, cuyas tropas no eran inferiores en número ni en resolución á las que habían sucumbido bajo la espada de Napoleon (1).

Después de la batalla de Arcola, la negociación que comenzara bajo tan funestos auspicios para los austriacos, supuesto que fueron vencidos, prosiguióse con la mayor actividad entre los dos ejércitos desde sus cuarteles generales. El general Clarke, que era el enviado por parte de la Francia, se trasladó al cuartel general de Napoleon y propúsole desde luego un armisticio de tres meses á fin de que se facilitase la conclusion de las negociaciones; pero el general francés, que veía que estaba á punto de escapársele de las manos el mando de Italia y que perfectamente sabia que el resultado de la guerra dependia de Mantua, se opuso con resolución á esto (2). Clarke, sin embargo, insistió

Mision de Clarke relativa á negociar a paz y á la cual Napoleon se opone.

(1) Toul., VI, 142. Jom., IX, 267. Hard., IV, 152.

(2) "Dueños de Mantua, dijo, tendrá á gran fortuna el enemigo dejarnos la línea del Rhin; pero si se celebra armisticio, es necesario que abandonemos esa fortaleza hasta el mes de Mayo, y entonces la encontraremos perfectamente abastecida; de suerte, que no habrá esperanza de que se rindan antes de los enfermos meses de otoño. Perderemos el numerario [30

en apoyar el armisticio, y manifestó las instrucciones que recibiera de su gobierno, las cuales sobre este particular eran terminantes; pero Napoleon, que estaba seguro de que le sostendria Barras, hizo ver por fin sin disfraz que estaba resuelto á no partir su autoridad con nadie. "Si habeis venido á obedecerme," dijo al enviado, "tendré la mayor satisfacción en que os esteis conmigo; pero de no ser así, cuanto mas pronto os regreseis sera mejor (1)." Clarke se sintió dominado, y no contestó una palabra; desde aquel momento pasó á manos de Napoleon la negociación y quedó reducida á la nada. Tan completamente quedó sometido al imperio del jóven general el enviado, republicano que dirigió éste de su propio puño una nota al Directorio en la cual decia: "Es indispensable que el general en

millones] que esperamos de Roma, que no puede abrigar verdadero temor hasta que no vea en nuestras manos á Mantua, y el emperador, encontrándose mas inmediato al teatro de las operaciones, reformará su ejército con mucha mayor facilidad que nosotros, y al principiarse la campaña, nuestras fuerzas serán inferiores á las del enemigo. Quince dias de descanso serán de grande utilidad para el ejército de Italia, pero tres meses serian su ruina. Celebrar un armisticio en las circunstancias actuales, seria ponernos nosotros mismos en la imposibilidad de vencer; en una palabra, todo depende de la rendicion de Mantua."—*Corresp. reserv.*, II, 423.

[1] Hard., IV, 133, 134.

gefe del ejército de Italia sea el que se entienda en todas las operaciones diplomáticas de este rumbo," [1] y desde entonces limitó casi exclusivamente su atención á contener las depredaciones que ejercian todas las autoridades civiles y militares en los Estados itálicos y en los fondos de la República, ocupacion que en breve no le dejó momento de ocio y que le dió el mismo fruto que diera á Napoleon, es decir, ninguno. Las conferencias que se entablaron en Vicenza en el mes de Diciembre se interrumpieron el 3 de Enero sin haber conducido á resultado alguno, y ambas partes beligerantes se prepararon á confiar otra vez á las armas el buen éxito de sus causas [2].

Por espacio de los dos meses que trascurrieron despues de la batalla de Arcola, y en tanto que duró esta negociacion, permanecieron los dos ejércitos en inaccion é hicieron grandes esfuerzos para aumentar sus tropas á fin de estar robustecidos para cuando llegase el momento de la lucha final que debia seguirse. Napoleon recibió grandes refuerzos; un gran número de sus enfermos habia salido restablecido de los hospitales y se incorporó á sus banderas á principios del invierno, y 10 mil hombres habian venido del interior á engrosar sus filas; de suerte que á principios de Enero de 1797 contaba con 46 mil hom-

(1) Manifest., Dic. 1796, por Clarke. Corresp. reserv.

(2) Hard., IV, 136, 146, 149.

bres útiles. Tenia 10 mil bloqueando á Mantua y el resto del ejército ocupaba la línea del Adigo desde las márgenes del Po hasta las rocas de Montebaldo (1).

Era ya tiempo sobrado de que los austriacos avanzase á auxiliar á la enunciada fortaleza, pues se encontraba á la sazón reducida al último extremo por falta de víveres. En una junta de guerra que se habia celebrado en ella á fines de Diciembre, habiase acordado que era indispensable que inmediatamente se hiciese saber á Alvinzi la affigida situacion en que se hallaba aquella guarnicion. Un oficial ingles que estaba agregado á ésta se ofreció voluntariamente á desempeñar esta riesgosa comision, y cumplió con ella con igual intrepidez que destreza. Púsose en marcha de Mantua disfrazado de campesino, el 29 de Diciembre, al anocheecer y á tiempo que caia una copiosa helada, eludió la vigilancia de las patrullas francesas, y despues de haber sufrido mil penalidades y peligros, llegó á Bassano, donde tenia su cuartel general Alvinzi, el 4 de Enero, es decir, el día siguiente á aquel en que se habian interrumpido las conferencias en Vicenza. Grandes destinos estaban reservados á este arrojado oficial. Era el coronel Graham que venció despues en Barrosa y que fué el primer general ingles que plantase el pabellon británico en el territorio de la Francia.

[1] Jom., IX, 262. Th., VIII, 507.

Esta vez adoptaron los austriacos un plan de ataque totalmente distinto del que antes pusieran en práctica. Apagados todavía á su sistema favorito de dividir sus fuerzas, y encontrándose dueños de las corrientes del Brenta desde Bassano hasta Roveredo, trasladaron el grueso de sus tropas al Adigo superior donde el mismo Alvinzi tomó el mando de 35 mil hombres. Otra fuerza inferior que constaba de 15 mil debía adelantarse por el planío de Padua en direccion de Mantua; con el fin de obligar á los franceses á levantar el sitio de esta plaza, libertar á Wurmser de la crítica posicion que allí guardaba y encaminarse á los Estados de la Iglesia en los cuales habia estado haciendo últimamente grandes preparativos el Papa, con la esperanza de que con las tropas que organizaba éste y numeroso estado mayor y los dragones desmontados del anciano mariscal se podria formar una fuerza útil. Este proyecto tenia todas las probabilidades de buen éxito; pero desgraciadamente llegó á noticia del general frances, por haber caido en su poder el mensajero que llevaba á Wurmser las comunicaciones relativas en el momento de ir ya á salvar las últimas líneas de los bloqueadores (1).

El 12 de Enero de 1797 atacó la vanguardia de Alvinzi á los puestos republicanos del Montebaldo y arrolló á las tropas que los ocupaban á

Enero 12 1797.
Avanzan los austriacos á Rívoli.

(1) Nap., III, 408, 409.

la mesa de Rívoli; y entretanto, en el mismo dia, las fuerzas que avanzaban por el indicado planío arrojaban á todas las avanzadas francesas á Porto Legnago, y sostenian fuegos perdidos en toda la línea del Adigo inferior. Napoleon estuvo en duda por algun tiempo sobre cual seria el lado sobre el cual dirigiria su principal ataque el enemigo; pero habiendo á poco recibido noticias alarmantes acerca de la enorme fuerza que se presentaba hácia la parte superior del rio, y el secreto aviso del cuartel general de los austriacos de que el grueso de las fuerzas contrarias se estaba concentrando á las inmediaciones de Rívoli, púsose en marcha con todo el centro de su ejército á auxiliar á Joubert que estaba luchando con fuerzas inmensamente superiores á las suyas. A las dos de las mañana llegó á la mesa de RIVOLI; la atmósfera estaba despejada; el tiempo hermoso, y la luna plateaba con su luz los abetos de que estaban cubiertos los precipicios de las montañas; pero veíase iluminado el horizonte, en direccion del norte, con el reflejo de innumerables vivaques; desde las alturas inmediatas percibió la vista perspicaz del general que aquellas fogatas eran las de un ejército de sobre 40 mil hombres. Esta enorme fuerza estaba dividida en cinco columnas que llenaban todo el espacio comprendido entre el Adigo y el lago de Guarda; la principal, que mandaba Quasdanovich, y que se componia de toda la artillería, caballería y un cuerpo consi-